

JULIANNE DONALDSON

Blackmoore

Libros de
seda

Blackmoore

Título original: *Blackmoore*

Copyright © 2013, Julianne Clawson Donaldson
Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© de la traducción: Beatriz Vega López

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín, s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Germán Algarra
Maquetación y retoques de maqueta: Nèlia Creixell e Isabel Arenales
Imágenes de la cubierta: AgeFotostock y Thinkstock

Primera edición: febrero de 2015
Segunda edición: marzo de 2016
Tercera edición: noviembre de 2024

Depósito legal:
ISBN: 978-84-15854-29-6



Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Para los soñadores de todos los rincones del mundo.



Capítulo 1

Lancashire, Inglaterra. Julio de 1820

El delicado canto de la alondra es sinónimo de pena; el reclamo de la golondrina, una rítmica carrera a dos notas; y la canción del mirlo, un silbido que marca la vuelta al hogar.

Fue la alondra la que me atrajo a la ventana aquella mañana. Detuve mi deambular incesante por la habitación, apoyé las manos en el alféizar y me asomé para oírla mejor. Durante un breve instante, aquel relato de tristeza y dolor mitigó mi desasosiego. Poco importaba cuántas veces me detuviera a escuchar su canto, las notas finales nunca eran alegres.

Solía preferir el canto de la alondra a ningún otro, pero aquel día su lamento solo consiguió acrecentar mi intranquilidad. Me alejé de la ventana y me volví compulsivamente para echar un nuevo vistazo al reloj situado sobre la repisa de la chimenea. Las tres. Maldije el lento paso del tiempo en aquel día en el que nada me quedaba ya por hacer, salvo esperar. Aún faltaban algunas horas hasta que cayera la noche



y pudiera irme a dormir. Al día siguiente despertaría y partiría hacia Blackmoore. La espera debería haberme resultado agradable; al fin y al cabo, llevaba toda la vida esperando poder visitar Blackmoore. No obstante, en aquel último día, la espera se me antojaba insoportable.

Abrí el baúl de viaje, saqué la partitura de Mozart que había guardado allí esa misma mañana y abandoné mi habitación. En cuanto abrí la puerta, me llegó el sonido de un llanto. Eché a correr por el pasillo y bajé las escaleras de dos en dos. María yacía en mitad de la escalera.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —pregunté deteniéndome un peldaño por encima de ella.

Me incliné sobre su cuerpo postrado mientras por mi mente desfilaban todas las calamidades que podían haberle acontecido a mi hermana pequeña mientras yo me dedicaba a deambular por mi habitación.

María se puso boca arriba y se quedó mirando al techo. Tenía la melena castaña y ondulada adherida a las mejillas empapadas y el pecho se le movía con ímpetu debido a la fuerza de sus sollozos.

—Contéstame, María —exigí zarandeándole el brazo con delicadeza—. ¿Qué ha pasado?

—El se... El señor Wilkes se ha ido y no volverá nu... nunca. Me eché hacia atrás y la miré con recelo.

—¿De verdad estás llorando por el señor Wilkes?

Por respuesta solo obtuve un nuevo sollozo.

Me saqué el pañuelo del bolsillo y lo acerqué a su rostro.

—Tranquilízate, María. Ningún hombre merece todo este sufrimiento.

—¡El señor Wilkes sí!

Me resultaba difícil creerlo. Intenté limpiarle la cara con el pañuelo, pero ella me apartó la mano. Dejé escapar un suspiro.



—¿Sabes que hay sitios más cómodos que la escalera para llorar?

—¡Madre! —gritó María apretando los puños con furia—. ¡Kitty está siendo desagradable conmigo otra vez!

—Kate —le recordé—. Y no estoy siendo desagradable, solo práctica. Hablando de ser prácticos... —Volví a acercarle el pañuelo a la cara—. ¿Cómo puedes respirar con tanto líquido en la cara?

María apartó mi pañuelo con un nuevo sollozo.

—Llévate tu sentido práctico a otra parte, yo no lo quiero.

—Por supuesto que no —repliqué notando cómo mi paciencia se esfumaba—. Lo que tú quieres es llorar en mitad de la escalera por un hombre al que no has visto más de cinco veces.

—¡Madre! —gritó mientras me fulminaba con la mirada—. ¡Kitty está siendo mezquina conmigo otra vez!

—Kate —repetí mientras mi propio enfado iba tomando forma—. Mi nombre es Kate. Y nuestra madre ni siquiera está en casa, ha salido. En fin, si tú te niegas a entrar en razón, yo me niego a consolarte. Ahora si me disculpas, Mozart me espera.

Mi hermana me desafió con la mirada y no se movió ni siquiera un milímetro, por lo que tuve que agarrarme al pasamanos y saltar por encima de ella para llegar al pie de la escalera. Entré en el salón meneando la cabeza, furiosa, y cerré la puerta con firmeza tras de mí. Al poco, me llegó alto y claro un nuevo lamento de María. Mi gata, que estaba acurrucada sobre el pianoforte, arqueó la espalda y maulló al unísono.

—¡Oh, tú también no! —exclamé fulminándola con la mirada.

Existen muchas maneras de interpretar mal a Mozart, pero una única forma de hacerlo bien. Se supone que uno



debe interpretar a Mozart con la misma precisión con la que abordaría una ecuación matemática. Se supone que la música debe fluir de forma regular, que cada nota debe ser como el soldadito obediente que no se toma más que el espacio de tiempo que le ha sido concedido. En Mozart no tiene cabida la irritante influencia de la pasión, ni tampoco una gatita llamada *Cora* arañándose el hombro en su intento por huir del molesto ruido; aunque definitivamente lo que no tiene cabida en Mozart son las hermanas que se lamentan frente a la puerta del salón en el preciso instante en el que yo intento practicar.

Después de intentar durante algunos minutos tocar por encima del ruido que armaba María con sus sollozos, quedaba claro que estaba interpretando mal a Mozart. De hecho estaba aporreando las teclas con tanta pasión que me rompí una uña.

— ¡Maldita sea! — murmuré a la par que me llegaba un nuevo lamento desde el pasillo. Eché la cabeza hacia atrás y grité por encima del ruido —: ¡No se puede interpretar a Mozart de esta manera! ¡Es un insulto para su talento musical!

Oí unos pasos presurosos al otro lado de la puerta y los sollozos de María dieron paso a un discurso prácticamente incomprensible.

— Kitty ha sido tan mezquina, madre. No muestra la más mínima compasión por mi sufrimiento y me ha dicho que me fuera a llorar a otro sitio, y eso que cualquiera puede ver que yo no elegí este lugar para llorar, sino que sentí la necesidad de llorar y resulta que estaba cerca de las escaleras cuando el impulso se desató...

— Oh, ahora no, María.

Al oír la voz de mi madre, *Cora* saltó de mis hombros al suelo, cruzó la sala como un borrón de pelo gris y se escondió bajo una silla.



Al instante siguiente, la puerta se abrió de par en par y mi madre irrumpía en la sala. Ni siquiera se había detenido a quitarse el sombrero y el pecho le subía y bajaba de forma casi violenta debido a lo agitado de su respiración.

—¿Es cierto? —Se llevó una mano al pecho—. No puede ser cierto, Kitty.

—Kate —le recordé.

Seguí tocando sin inmutarme. Mozart requería concentración y, puesto que los sollozos de María habían dado paso a meros gimoteos, me dispuse a aprovechar el relativo silencio.

Sin darme tiempo a reaccionar, mi madre se dirigió con paso airado hacia el pianoforte taconeando con fuerza sobre el suelo de madera y me arrebató la partitura de malas maneras.

—¡Madre!

Me puse en pie e intenté recuperarla en vano, ella dio un paso atrás y la sostuvo por encima de la cabeza. Solo entonces me detuve a observar su rostro detenidamente. El corazón empezó a latirme con fuerza a causa del miedo.

—¿Es cierto? —volvió a repetir con voz queda y temblorosa—. ¿El señor Cooper te hizo una proposición de matrimonio y tú la rechazaste? ¿Sin ni siquiera consultarme?

Me tragué mi nerviosismo y me encogí de hombros fingiendo indiferencia.

—¿Qué tenía que consultarle? Ya le he dicho lo que pienso del matrimonio. —Inicié un nuevo intento por hacerme con la partitura, pero ella la elevó aún más, sacando partido de los cinco centímetros con los que me aventajaba—. ¡Además, se trataba del señor Cooper! ¡Pero si tiene un pie en la tumba! Es probable que no viva ni para ver un nuevo año.



— ¡Mejor aún! ¡Ojalá todas mis hijas tuvieran tanta suerte!
¿Cómo has podido desperdiciar esta oportunidad, Kitty?

Mi labio superior dibujó una mueca de disgusto.

— Ya le he dicho un millón de veces madre que no tengo la más mínima intención de casarme con nadie. Ahora, por favor, devuélvame la partitura. Estoy segura de que querrá que toque bien en Blackmoore.

Frunció los labios, se puso colorada y tiró al suelo la partitura, que no salió bien parada. Las páginas acabaron esparcidas por el suelo, arrugadas, como las alas de un pájaro herido.

— ¡Madre! ¡Mozart!

Me agaché rápidamente para recuperar las páginas desperdigadas.

— ¡Oh, madre! ¡Mozart! —se burló con voz chillona y agitando las manos alrededor de la cara—. Madre, no quiero hacer nada sensato como conseguir un buen marido. Lo único que quiero es ir a Blackmoore y tocar a Mozart y desaprovechar todas y cada una de las oportunidades que tanto esfuerzo han supuesto.

Me puse en pie aferrando la partitura contra el pecho y con el rostro encendido.

— No considero que mis metas, aunque difieran de las tuyas, sean desperdiciar...

— ¡Tus metas! ¡Esta sí que es buena! —Se paseó de un lado a otro delante de mí taconeando con fuerza, como si intentara de paso pisotear también mi voluntad y mi voz—. ¿Y cuáles son exactamente esas metas?

— Ya sabe cuáles son —murmuré.

Se detuvo delante de mí con las manos en jarras.

— ¿Qué metas? ¿Decepcionar a tu familia? ¿Malgastar unos recursos muy valiosos? ¿Convertirte en una vieja



solterona como tu tía Charlotte? —Frunció las cejas oscuras—. ¿Para eso he invertido en ti? ¿Para no recibir absolutamente nada a cambio salvo una niña tonta a la que solo le preocupan Blackmoore y Mozart?

Alcé la barbilla, decidida a no dejar que me temblase.

—Eso no es cierto. Me preocupan más cosas. La India, Oliver y...

—Oh, no me nombres la India, jovencita. ¡Otra vez no! —Levantó los brazos y me estremecí involuntariamente—. No puedo creer que Charlotte se atreviera a invitarte en contra de mi voluntad. ¡La India! Como si no fueras ya suficiente carga para mí con esa cabezonería tuya y esa...

Se dio la vuelta de pronto y vino con paso airado en mi dirección. «No retrocedas», me dije. Apreté a Mozart contra el pecho y le ordené a mi barbilla que permaneciera erguida. Le sostuve la mirada.

—Se acabó, Kitty —concluyó levantando un dedo y agitando delante de mi cara—. Me he cansado de tu testarudez. Pienso demostrarte que sé lo que es mejor para ti y pienso empezar ahora mismo. No irás a la India. Escribiré a tu tía Charlotte para decirle que ya he tomado una decisión. Y... —Me agarró por la barbilla y me obligó a cerrar la boca, que había abierto automáticamente dispuesta a protestar. A esa distancia podía oler su aliento a té rancio. Continuó en un susurro—: Y no irás a Blackmoore. Te quedarás aquí hasta que aprendas cuál es tu sitio y no te molestes en recurrir a tu padre o aún tendrás más problemas de los que ya tienes.

Al soltarme, un brillo triunfal centelleaba en sus ojos marrones.

Negué con la cabeza mientras el corazón me latía con fuerza.



—No, madre. Por favor... Blackmoore no. Por favor, no me arrebate Blackmoore...

—¿No? ¿No? —Alzó un dedo, me silenció con la más dura de sus miradas y prosiguió en voz baja—: Ve a tu habitación y deshaz las maletas, Kitty.

Miré a mi madre fijamente a los ojos. Eran del mismo color que un viejo cepo oxidado que había encontrado en el bosque a los siete años y que con sus fauces de hierro tenía apresado a un conejo. El pobre animal ya no luchaba cuando lo encontré, aunque aún respiraba y pudo verme. Sus ojos se movieron cuando me incliné sobre él. Intenté liberarlo por todos los medios, pero el viejo metal oxidado se negaba a obedecer a mis dedos entrometidos.

A la desesperada, acabé por salir corriendo hacia la casa de los Delafield y arrastré a Henry hasta el bosque. Este echó un vistazo al conejo y negó con la cabeza. Agarró una piedra grande y me ordenó que me diera la vuelta y que me tapara los oídos. Empecé a llorar, pero hice lo que me había pedido.

Poco después, cuando apoyó la mano en mi hombro, abrí los ojos y bajé las manos. Dijo que el pobre animal había dejado de sufrir. Que era lo mejor que podíamos haber hecho por él. Imagino que después de aquello Henry se deshizo del cepo, ya que nunca más volví a verlo, a pesar de que iba al bosque casi todos los días. Sin embargo, nunca pude olvidarlo. No pude borrar de mi mente sus dientes enormes, ni su color oxidado o la tenacidad de su mordedura.

En aquel preciso instante, vi la misma tenacidad fría en los ojos de mi madre. Pensaba arrebatarme Blackmoore y la esperanza de viajar a la India, y no había nada que yo pudiera hacer para detenerla. No podía escapar de ella ni de su voluntad. Y la desesperación me golpeó con sus puños, puños que me vi incapaz de esquivar.



—Mi nombre —repliqué en voz baja— no es Kitty. ¡Es Kate!

Pasé de largo por su lado, me agaché para sacar a la gata de debajo de la silla y salí del salón sin derramar ni una sola lágrima. Pero fuera tropecé con María, pues había olvidado que se hallaba tirada en mitad de la escalera, y caí sobre los codos mientras sujetaba a *Cora* y a Mozart.

No lloré, a pesar de que un dolor intenso me subió por los brazos y de que *Cora* me arañó la mejilla en su esfuerzo por escabullirse. No lloré al ponerme en pie con dificultad en medio de los gritos que María profería para recordarme que mirara dónde pisaba; ni lloré mientras subía los escalones que me quedaban, recorría el pasillo hasta la última habitación a la derecha y cerraba la puerta con llave tras de mí.

Dejé a *Cora* en el suelo y arrojé la partitura sobre la cama. Me dolían los codos y las espinillas; sin embargo, el dolor retorcido de la impotencia gritaba más alto que ningún dolor físico. Me llevé ambas manos a la cabeza y me puse a caminar por la estancia de aquí para allá mientras luchaba contra las ganas de llorar. Tendría que haber previsto algo así. Cuando estaba a punto de conseguir lo que de verdad anhelaba, mi madre solía aparecer de pronto y arruinarlo todo. No obstante, lo que más me enfurecía no era la intromisión de mi madre, sino la sensación de absoluta impotencia que me embargaba. A mis diecisiete años, estaba presa en aquella casa de piedra y cristal, de sentimientos gélidos y de expectativas que nunca satisfaría.

Un grito ahogado me azotó la garganta y me poseyó la necesidad arrolladora de destruir algo. Sentí miedo y me quedé paralizada. La última vez que me había dejado llevar por ese sentimiento, lo había lamentado profundamente. Detuve los ojos en la tablilla suelta que había bajo la



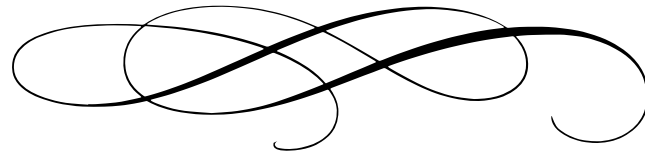
ventana y acto seguido me volví hacia el baúl de madera que guardaba a los pies de mi cama. Llevaba cerrado tanto tiempo. Aunque tampoco perdía nada por echar un vistazo a su contenido.

Intenté levantar la tablilla suelta que había bajo la ventana con manos temblorosas, cuando un crujido en señal de protesta me anunció que había conseguido liberarla. Introduje la mano en el agujero y con las yemas de los dedos fui palpando la vieja madera astillada hasta que cerré los dedos en torno al suave metal de una llave. Me arrodillé delante del baúl de madera y observé la cerradura que no había abierto en años. Finalmente, respiré hondo, metí la llave, la giré y levanté la tapa.

Un intenso aroma a cedro me dio la bienvenida. Se trataba del olor de mi infancia, del olor de mis secretos. Conduje la respiración al sacar la maqueta del baúl; siempre me parecía más pesada de lo que recordaba. La dejé en el suelo, bajé la tapa y luego la coloqué con cuidado encima del baúl.

Me senté en cuclillas y observé la maqueta de madera con una mezcla de admiración y pesar. Siempre era así. La adoraba, pero al mismo tiempo me invadían los remordimientos. La adoraba por lo que era y sentía remordimientos por lo que le había hecho. Recorrí con el dedo el contorno del tejado y me detuve al llegar al punto en el que estaba estropeado, al alcanzar los restos astillados de lo que había sido un trabajo de artesanía laborioso. Aparté el dedo, me salté el destrozo y volví a apoyarlo donde la maqueta estaba intacta. «Te presento Blackmoore», susurré para mí. «Tiene treinta y cinco habitaciones, doce chimeneas, tres plantas, dos alas...».





Capítulo 2

Cuatro años antes

— ¡*E*s injusto que paséis todos los veranos en Blackmoore y que yo no haya podido ir ni una sola vez! Pensaba que ibas a preguntarle a tu madre si este año podía ir con vosotros.

Sylvia, mi mejor amiga, estaba sentada junto a la ventana y me observaba con el ceño fruncido.

— *Lo sé — admitió tendiéndome una mano reconfortante que no quise aceptar —. Lo siento, Kitty. Ya sabes que se lo he preguntado miles de veces, pero ha vuelto a decir que no.*

— *Pero ¿por qué? En Blackmoore hay habitaciones de sobra y tampoco como mucho. No habría estorbado. ¿Por qué ha dicho que no? — Mi frenético deambular me llevó hasta el otro extremo de la estancia y de vuelta a mi posición inicial antes de que Sylvia me hubiese respondido—. ¿Tiene algo contra mí? ¿Ese es el motivo por el que no me ha invitado?*



Sylvia se encogió de hombros y negó con la cabeza sin mucha convicción.

—No puedo responderte a eso.

Me dejé caer en el sofá a su lado, me cubrí el rostro con las manos y proferí un grito inarticulado. El pelo me cayó sobre los hombros como un nubarrón.

Oí pasos y después la voz de Henry.

—¿A qué vienen esos gritos?

—Kitty vuelve a estar lamentándose por no poder venir a Blackmoore —aclaró Sylvia con cierto aire de paciencia forzada que me obligó a enderezarme y dejar caer las manos.

—Tú no puedes entenderlo. Ninguno de los dos lo hacéis. —Miré a uno y a otro. Ambos me observaban como si me hubiese vuelto loca—. Vosotros siempre habéis podido ir y yo nunca.

No entendían lo que había sentido al verlos marchar todos los veranos hasta donde me alcanzaba la memoria. No podían ni imaginar la angustia que me sobrecojía al pensar que ellos estaban visitando la costa, los páramos, aquel caserón y sus pasadizos secretos mientras yo contemplaba las mismas paredes de piedra y los mismos setos que había visto toda mi vida.

—Solo es una casa, Kitty —refunfuñó Sylvia.

Me miraba como si hubiese perdido el juicio.

—No es tan solo una casa, no —rebatí negando con la cabeza.

Y no lo era. Al menos, no para mí. Para Sylvia, Blackmoore no era más que la casa de su abuelo, un lugar en el que su familia se reunía todos los años para pasar el verano. Para mí, sin embargo, ir a Blackmoore significaría liberarme de la jaula en la que llevaba encerrada toda la vida. En mi imaginación, suponía una forma de escapar a la monotonía interminable e inamovible de mi hogar.



—¿Y qué es si no? —preguntó Henry.

Sus ojos grises habían adquirido un cariz más serio del que era habitual en ellos y me observaban como si mi respuesta fuera de gran importancia.

—*Es también aventura —afirmé. Y la mera palabra me supo a libertad—. Nunca he salido de este condado en el que nací, nunca he visto el océano ni los páramos, y todos los veranos los dos me abandonáis para ir a ese caserón encaramado en lo alto de un acantilado, con vistas al océano y los páramos a la espalda. Y luego me tomáis el pelo... —Miré intencionadamente a Henry, que me respondió con una leve sonrisa desprovista de arrepentimiento—. Además, me tomáis el pelo con rumores de fantasmas que pueblan los páramos, con historias de pasadizos secretos por doquier y de temibles contrabandistas; y os negáis a decirme si algo de eso es cierto en realidad. —Dejé escapar un suspiro y confesé en un murmullo—: Daría cualquier cosa por ir a Blackmoore.*

—¿Cualquier cosa, seguro? —repitió él, dubitativo—. Me parece que estás exagerando.

—¡No estoy exagerando, Henry! Te juro que daría cualquier cosa por ir.

—¿Cómo qué?

Intenté pensar en un ejemplo apropiado para que comprendieran la intensidad de mis sentimientos. Bajé la vista. Los dedos no. Necesitaba todos los dedos de las manos para tocar bien el pianoforte. ¿Y los de los pies? ¿Quizás uno de los pequeños?

—*Darí un dedo pequeño del pie por ver Blackmoore —anuncié.*

Sylvia palideció, pero a Henry se le iluminaron los ojos.

—¿Un dedo pequeño del pie? —preguntó—. ¿Uno grande no?



Me mordí el labio inferior.

—No. Creo que los grandes son fundamentales para el equilibrio. Uno pequeño. Quizás el más pequeño de todos.

Henry se inclinó hacia delante, los ojos le brillaban con malicia.

—¿Y cómo te lo cortarás?

—¡Henry! —intervino Sylvia.

Él alzó una mano para mandarla callar y me desafió con la mirada.

Tragué saliva.

—Pues... Pues le pediré a nuestra cocinera, la señora Barlow, que me lo corte.

Sylvia parecía horrorizada.

—¿Sangre en la cocina? No, Kitty. Eso es impensable.

Intenté reflexionar sobre ello con valentía.

—Tampoco sería algo tan terrible. Seguro que en una cocina hay algo de sangre de vez en cuando, procedente de la carne cruda o...

Sylvia se cubrió las orejas con las manos y negó con la cabeza.

—No sigas, te lo suplico.

Henry apenas podía contener la sonrisa, aunque parecía esforzarse por conseguirlo.

—¿Y qué harías con el dedo, eh? ¿Existe algún mercado en el que se puedan intercambiar dedos de los pies por viajes a Blackmoore?

Mi frustración se tornó rápidamente en furia. Agarré el cojín que tenía al lado y se lo arrojé a Henry. Él lo apartó de su trayectoria con una facilidad exasperante.

—No sé si existe semejante mercado, Henry Delafield. Quizá puedas decírmelo tú, puesto que algún día serás el dueño de Blackmoore. ¿Y bien? —Imité su media sonrisa exasperante—.



¿Existe un mercado de dedos? — Me incliné hacia delante y empecé a desatarme una bota—. Porque me lo cortaré ahora mismo para pagarme el viaje a Blackmoore y no me importa si a vuestra cocinera le molesta que haya sangre en la cocina.

Los dedos me temblaban, no podía deshacer las lazadas, que parecían haberse convertido en nudos resistentes. Tiré de ellas sin éxito, se me enrojeció el rostro y los ojos se me pusieron vidriosos con la amenaza de las lágrimas. Parpadeé con fuerza y miré la maraña de cordones con los ojos entrecerrados. De pronto Henry pasó por encima de Sylvia, la hizo a un lado y se sentó junto a mí, luego tomó mis manos y las apartó de las botas.

—Kitty —suplicó con voz queda—, detente. Detente. —Intenté soltarme, aunque sin mucho afán—. Lo siento —susurró acercando la cabeza a la mía—. No debería haberte tomado el pelo con Blackmoore sabiendo cómo te sientes al respecto.

Sus palabras tuvieron el mismo efecto sobre mí que el agua sobre el fuego. Aparté las manos de las suyas, me cubrí el rostro y respiré hondo. Había vuelto a reaccionar de manera exagerada. Era uno de mis mayores defectos. En realidad, era el de todas las mujeres de la familia Worthington. Sin embargo, ahora que el fuego de mi rabia se había apagado me sentía avergonzada, aunque no menos triste, ni menos despojada de mi sueño, ni menos frustrada. Durante un instante, sentí la mano de Henry apoyada con delicadeza sobre la parte posterior de la cabeza, que tenía inclinada.

—Venga, Kitty, dejemos por hoy la sangre —propuso con un tono de voz despreocupado y zalamero—. En lugar de eso, vamos a planear lo que harás mientras estemos de viaje. Deberías vivir una gran aventura para tener algo emocionante que contarnos a nuestro regreso.



Bajé las manos y me volví hacia él.

—Sabes tan bien como yo que aquí no hay aventuras o ya las habríamos encontrado. En todo caso, vivir una aventura uno solo no es divertido. — Me crucé de brazos, huraña y resentida—. Pero mi pregunta sigue siendo por qué. ¿Por qué vuestra madre nunca me ha dejado ir?

Tanto Henry como Sylvia permanecieron callados, aun cuando los miré directamente a los ojos exigiendo una respuesta. Una sospecha desagradable fue abriéndose paso en mi mente, ayudada por la fuerza aplastante de los celos, y me susurró en la cabeza una pregunta tan repulsiva que hice una mueca de disgusto con la boca, como si hubiese mordido algo amargo.

—¿Le toca ir a Blackmoore, también este año, a la señorita St. Claire?

La reticencia de Henry fue mi respuesta. Sylvia me dedicó una mirada llena de compasión.

Mis sospechas —mis celos— rieron con júbilo y se acomodaron en mi cabeza como si hubiesen decidido prolongar su visita. Hice una mueca con el labio al imaginar a Henry y a Sylvia pasando un mes en Blackmoore precisamente con la señorita St. Claire.

—Al parecer, vuestra madre no se opone a invitar a gente, sino solo a invitarme a mí.

—No es nada personal, Kitty. Ya sabes que mi madre quiere casar a Henry con la señorita St. Claire...

—¡Sylvia! —Henry le dedicó a su hermana una mirada de advertencia.

Sylvia se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¡No es ningún secreto! Todos lo sabemos desde hace años.

Nadie añadió nada más durante un buen rato. El silencio se me antojó de lo más violento. Fijé la vista en la tela amarilla



con la que estaba tapizado el sofá y pensé en lo celosa que estaba de la señorita St. Claire, a la que ni siquiera conocía.

De repente, Henry se volvió hacia mí y yo me sobresalté. Le contemplé sorprendida. Sus ojos grises parecían de acero y, por un momento, distinguí algo en ellos que no había visto hasta entonces: una voluntad indómita.

—Algún día vendrás a Blackmoore, Kitty. Te lo prometo. —Tomó mi mano una vez más y la apretó entre las suyas con fuerza—. Te doy mi palabra.

Mantuve la boca cerrada para que de ella no se escapara mi incertidumbre. La señora Delafield siempre se salía con la suya. Siempre. Si ella no me quería en Blackmoore, nunca pondría un pie allí. Al final, sin embargo, como no dejaba de apretarme la mano y estaba empezando a hacerme daño, se la apreté a mi vez.

—De acuerdo —susurré rindiéndome y esbozando una sonrisilla por él.

El mes siguiente pasó despacio, tanto que pensé que me volvería loca. Durante aquel interminable mes de verano lleno de inactividad, monotonía y de una nada que parecía no tener fin, cada vez que pensaba en los Delafield en Blackmoore con la señorita St. Claire, apretaba los dientes y maldecía por lo bajo.

Pero al fin, un día como cualquier otro, oí decir a un miembro del servicio que los Delafield habían por fin regresado. Bajé corriendo las escaleras, me agarré al pasamanos para tomar la curva en la primera planta y salté los últimos tres escalones. Entonces me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta.

Jameson, nuestro mayordomo, se encontraba de pie en el umbral y me impedía ver quién era. Cuando interrumpí mi carrera, aún sorprendida, oí que una voz me llamaba.



—Si eres tú, Kitty, tápate los ojos.

Se me aceleró el corazón al oír la voz de Henry y me agaché para intentar ver más allá de la espalda de Jameson.

—¡Lo digo en serio! Tápate los ojos o daré media vuelta y me iré a casa ahora mismo, y nunca verás tu sorpresa.

Dejé escapar un suspiro y me cubrí los ojos con una mano.

—De acuerdo, ya está.

Tuve que esperar mucho rato mientras oía cómo alguien pasaba por mi lado arrastrando los pies en dirección al salón. Solo mi total confianza en la amenaza de Henry me llevó a seguir con los ojos tapados, ya que la paciencia no era una de mis virtudes.

—¿Puedo mirar ya? —supliqué.

Una mano tomó la mía en respuesta a mi pregunta.

—No, mantén los ojos cerrados —me susurró Henry cerca de la oreja. El corazón se me aceleró a causa de la emoción—. Por aquí —añadió tirando de mí.

Choqué contra una pared, después contra el marco de una puerta y finalmente di con la rodilla en uno de los muebles.

—¡Ay! ¿No puedes tener más cuidado?

—¡Chis! Prohibido quejarse.

Henry me soltó y se situó justo detrás de mí.

—Ahora. Ya puedes mirar.

Abrí los ojos tan rápido como pude y contemplé con estupor lo que tenía delante. Henry me había conducido hasta el comedor y sobre la mesa reposaba lo que parecía ser la maqueta de una casa.

Volví la cabeza para interrogar a Henry con la mirada y entonces lo vi por primera vez. Aunque solo había transcurrido un mes, estaba cambiado. Llevaba el pelo más largo y me pareció que lo tenía más oscuro; siempre volvía



de Blackmoore con el cabello más claro debido al sol, pero ese año se le había oscurecido y había adquirido un tono dorado más próximo al castaño. También las pecas que le salpicaban las mejillas habían perdido intensidad. Al menos, sus ojos grises y aquel círculo como el carbón que delimitaba su perímetro seguían allí. Y en aquel instante, me quedé paralizada al descubrir la amplia sonrisa que iluminaba su rostro.

Henry dio un paso al lado y con gestos grandilocuentes señaló la maqueta.

—Señorita Katherine Worthington, le presento Blackmoore.

El corazón me latía con tanta fuerza que hasta dolía. Miré la maqueta y luego otra vez a él y cuando asintió con una sonrisa en los labios, me arrodillé para examinar la casa. Las ventanas, la madera pintada imitando la piedra, la puerta principal, las chimeneas. No faltaba nada.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté maravillada.

—La he hecho yo.

Levanté la vista y le miré asombrada.

—¿Tú?

—Mi abuelo me ayudó a diseñarla —aclaró con tono despreocupado— y Sylvia me echó una mano al final con la pintura, pero la mayor parte del trabajo la he hecho yo.

—¡Ha debido de ocupar todas las horas de luz de tus vacaciones!

Se limitó a levantar un hombro con indiferencia, pero la media sonrisa que esbozaba me dio la razón. ¡Eso explicaba su aspecto! Fui consciente entonces de lo que le había supuesto aquel proyecto. A Henry le encantaba estar al aire libre en Blackmoore. Se pasaba el día entero en los páramos o en la playa y le encantaba ir a observar los



pájaros acompañado por el jardinero. Solo el mayor de los estímulos podría haberle mantenido encerrado durante todo el mes.

Me sentí abrumada y, de pronto, me faltó la voz. Carraspeé.

—No te ha debido de quedar mucho tiempo para la señorita St. Claire.

Henry se arrodilló a mi lado y contuvo una sonrisa. Al hacerlo, una línea se dibujó en su mejilla.

—No, no mucho.

Asentí con la cabeza mordiéndome el labio. Una pregunta se había quedado en el aire. La tenía en la punta de la lengua, pero no me atrevía a formularla. Sin embargo, quería saberlo. Necesitaba saber si la había construido para mí, si aquello significaba algo, si yo significaba algo para él.

—Supongo que ahora estoy en deuda contigo y tendré que encontrar alguna forma de compensarte. —Contuve la respiración y me sonrojé—. Después de haber renunciado a tus vacaciones y a la señorita St. Claire...

Henry me miró de reojo y sonrió satisfecho.

—No la he hecho por ti, Kitty.

—Ah, ¿no?

Me sobrecogió una mezcla de alivio y decepción.

Él negó con la cabeza.

—No, mocosa desagradecida.

Se acercó a la maqueta para examinarla yladeó la cabeza. Luego puso la mano sobre el diminuto picaporte de la puerta principal y la abrió.

—La he hecho por los dedos de tus pies.

Contuve un grito de alegría. Bajé la cabeza y eché un vistazo por el hueco de la puerta abierta. El suelo, blanco y negro, me recordaba a un tablero de ajedrez, en un lateral



había una chimenea y al fondo un arco daba paso a una gran escalinata.

Me mordí el labio para no sonreír y cerré con fuerza los ojos para no llorar. Era sencillamente impresionante.

— Los dedos de mis pies te dan las gracias — susurré al fin.

Sentí cómo su sonrisa se ensanchaba a pesar de que no me volví para mirarlo. Era como un rayo de sol sobre mi rostro y me ruboricé.

— Tiene treinta y cinco habitaciones — explicó señalando la maqueta —, doce chimeneas, dos alas, un invernadero, establos y unas vistas espléndidas. Se dice que existe un pasadizo secreto que utilizaban los sacerdotes durante el tiempo de la Reforma, aunque ni confirmaré ni desmentiré los rumores, pues estoy convencido de que la incertidumbre hará que la casa te parezca aún más fascinante y misteriosa.

Aparté la mirada de la maqueta y la fijé en su rostro. Hablaba deprisa, estaba diciendo algo así como que la biblioteca contenía más de tres mil libros; aunque lo único que yo veía era a Henry: aquel brillo en sus ojos grises, la sombra de un reguero de pecas en sus mejillas bronceadas, su pelo de color oro viejo cayéndole sobre la frente y la singularidad de sus labios, capaces de sonreír mientras hablaba.

— Está encarada al océano y detrás de ella se encuentran los páramos. Y ahora ya lo sabes — resolvió en tono triunfante —. Ahora ya sabes exactamente cómo es Blackmoore. Algún día la verás, tal y como te prometí. — Me miró a los ojos esbozando una cálida sonrisa —. Hasta entonces puedes quedártela.

